

Bello y Bolívar



En junio de 1810 la Junta de Gobierno de Caracas designó a Bello miembro de la embajada que enviaba a Londres, con propósito de obtener el apoyo de Inglaterra a la todavía disimulada empresa de su libertad. Esa misión era encabezada por el futuro Libertador.

Viene aquí a pelo recordar las relaciones que unieron a los dos grandes hijos de la capitania venezolana. Ellas comenzaron en los días de la adolescencia, cuando Bello, muchacho escaso en bienes de fortuna, empezaba a adquirir una cultura notable para su edad y para la época. Como diera lecciones a hijos de familias distinguidas, más por el prestigio que por remuneraciones que no recibía, le tocó tener entre sus primeros discípulos a Simón Bolívar, muy poco menor que él en años. Dióle lecciones de Geografía que el alumno, dado al ocio aristocrático de su fortuna y de rango social, aprovechó a medias, pero que no olvidó jamás. Y fué el joven Bolívar el único que compensó sus lecciones, no muy numerosas por otra parte, pues le hizo obsequio de un traje.

Se separaron después. Bolívar fué a completar su

educación en Europa, en busca de estudios militares; allí casó y allí volvió después de su viudez, sobreveniéndale al poco tiempo de su retorno a Caracas, paseando en las cortes sacudidas aún por el vendaval revolucionario, sus tristezas muy románticas. Curadas a tiempo esas veleidades de prima juventud, que en ocasiones le hicieran sentirse un nuevo Werther, el viajero presencia el apogeo de la gloria imperial y se deja dominar para siempre por el espíritu de una alta emulación con el nuevo César. Bello, en tanto, había entrado a la administración colonial en Caracas y hecho rápido avance. Su cultura, notoria en Venezuela, le había abierto las puertas del salón literario de los Ustariz. Acaso en ese salón se escucharon por primera vez, pronunciados con dicción clara, grave y elegante, los versos compuestos mientras sonaban las campanas de Caracas en honor de la victoria de Bailén:

«Rompe el León soberbio la cadena
 Con que atarle pensó la felonía.
 Y sacude con noble bizarría,
 Sobre el robusto cuello la melena . . . » (1)

El joven Simón, de nuevo en Caracas, presidía las reuniones de otra tertulia literaria no menos famosa: la de los Bolívares, a la que acudía su amigo Andrés, cuya vena poética se ensayaba por entonces, con matinal entusiasmo, en la imitación de Horacio y en la de Virgilio, el divino poeta grato a la soledad y al amor.

Eran imitados de Virgilio aquellos versos que entusiasmaron a los tertulianos de Bolívar, en los hermosos tiempos de la mocedad:

«Mas, ¡ay de mí! que en vano, en vano envío
A la inhumana mi doliente acento.
¿Qué delirio, qué sueño es este mío?
Prender quise la sombra, atar el viento,
Seguir el humo y detener el río».

Bello y Bolívar se sintieron próximos y en comunidad de sentimientos los alcanzó el alba de 1810. No fué, pues, casual, el que la misión que el futuro héroe americano había de presidir contase en su seno al maestro que traducía los versos de Virgilio.

La embajada se hallaba integrada por Luis López Méndez con el título de «segundo diputado». Bolívar, con charreteras de coronel era «diputado principal de Caracas». Bello desempeñaría el cargo de «secretario»⁽²⁾ que le asignaban su preparación personal y la amistad del encargado de las Relaciones Exteriores de la Junta, Juan Germán Roscio.

Los delegados se embarcaron el 9 de junio a bordo del bergantín inglés General Lord Wellington y llegados a Londres a comienzos de julio fueron recibidos el día 11 por el marqués de Wellesley, y no en el Foreign Office sino en la residencia privada del ministro, en Aspely-House. La misión era ardua y había de estrellarse en la política utilitarista de Gran

Bretaña, que sólo entendía aprovechar en su exclusivo favor las disidencias de los estados y las intrigas de las cancillerías extranjeras (3). En vano Bolívar ensayaría todo su talento, ciñéndose empero a las instrucciones de la Junta de Caracas. Wellesley había de oponerle la frialdad nebulosa de su cortesía, entreabriendo levemente la punta de un velo sobre un programa de promesas vagas. Aprovecharlo todo, prometer algo, no comprometerse en nada.

Bolívar, en la primera audiencia de Wellesley, a que asistiera con Bello y López Méndez, cometió la indiscreción de entregar con las credenciales sus instrucciones secretas al ministro, llevado quizá del deseo de exteriorizar los propósitos de buen entendimiento con el gobierno del rey Jorge, que animaba a la Junta de Venezuela. Invitado a exponer sus deseos, pronunció el jefe de la delegación una arenga impetuosa en que trazaba patético cuadro de la situación de sus coterráneos «ansiosos de sacudir, fuera como fuera, un yugo inaguantable». En resumen, quería para Venezuela el apoyo de Inglaterra, con el cual sería posible proclamar desde luego la independencia de la metrópoli.

Wellesley tachó el lenguaje franco de Bolívar, haciendo presente la oposición que había entre sus palabras revolucionarias y las credenciales en que se hablaba en «nombre de don Fernando VII, rey de España y de las Indias». Mencionó el tratado solemne con España, que le impedía prometer a Venezuela otra

cosa que el apoyo de su flota, si acaso los franceses intentaban invadir su territorio.

¿Qué impresión produjo aquella audiencia a los embajadores? En informe a la Junta decían estos que «las insinuaciones de Venezuela han sido acogidas y registradas por Lord Wellesley con toda la imparcialidad y deferencia que podíamos esperar». Palabras diplomáticas.

El éxito en otros campos fué, en cambio, notable. En el terreno social la misión produjo «sensación en Londres», y son palabras del propio Bolívar. La nobleza se hacía presente en las habitaciones que ocupaban en el *Morin's Hotel* y el duque de Gloucester, sobrino del rey, los sentaba a su mesa y hasta organizaba partidas de placer en homenaje a los «Embajadores de la América del Sur», que tal era el título acordado por la prensa. Bolívar, magnífico, se daba el mayor tono posible. Sus trajes eran de elegancia brumeliana, su carruaje de lo mejor puesto y no faltaba un palco en la ópera en las noches de moda.

El 19 de julio los diputados fueron recibidos oficialmente en el *Foreign-Office*, en presencia del duque de Alburquerque y del almirante Apodaca, embajadores de España. El ministro les manifestó alguna deferencia e insistió en que le presentaran una nota acerca de los deseos de la Junta de Venezuela. Esta, redactada sin duda por la mano de Bello, tiene fecha 21 de aquel mes y fué entregada rápidamente al gobierno inglés. En ella—prudencia del secretario—se habla un

lenguaje que no se sale un punto de la diplomacia exigida por Wellesley. «Venezuela, decía la nota, lejos de aspirar a romper los lazos que la han unido a la metrópoli, desea sólo poder adoptar una línea de conducta capaz de sustraerla a los peligros que la amenazan. Aunque independiente del consejo de regencia, no por eso se considera menos fiel a su rey, ni menos interesada en la lucha santa que sostiene España». Se pedía la protección de Inglaterra, armas que asegurasen la defensa de la colonia contra el enemigo común, y se ofrecía a Gran Bretaña el trato de nación más favorecida en las futuras relaciones comerciales. Comentando esta nota dice el historiógrafo Mancini que era «difícil expresarse en lenguaje más sutil y más hábil».

El 9 de agosto el Foreign-Office respondió a los enviados: «Inglaterra promete a Venezuela protección contra Francia. La Junta habrá de tratar de reconciliarse con el gobierno central. Para ello Inglaterra interpondrá su mediación. El mantenimiento de las relaciones de comercio y de amistad con la madre patria es necesario, así como lo es el envío de subsidios a esta». En suma, Inglaterra daba consejos, y sin aventurarse a ningún compromiso que enturbiara sus relaciones con España, ofrecía ayuda militar para un caso hipotético de invasión. Era, quizá, el lenguaje necesario a una nota oficial que llegaría a conocimiento de los españoles. En otra audiencia dada por Wellesley en Aspley-House, el 4 de agosto, ofreció a los venezolanos hacerlos con-

ducir a su patria en un barco de guerra y aun llevó su benevolencia a inciertas y amables promesas.

Entretanto Alburquerque y Apodaca pusieron en alarma al Consejo de Regencia y este declaró en estado de bloqueo Costa Firme, el 31 de julio. Rotas las relaciones con los representantes españoles, la diputación de Caracas comunicó al Foreign-Office, el 10 de agosto, que su adhesión a las indicaciones del gobierno del rey tenía como reserva el no reconocimiento del Consejo de Regencia por el gobierno de su país.

Los resultados diplomáticos fueron asaz mediocres, pero no era razonable, en verdad, esperar que hubiesen sido mejores. En tales circunstancias y representado a la junta inestable de un pequeño país en rebelión, Tallierand no hubiese obtenido más ventajas.

En compensación Bolívar, de su cuenta y con el apoyo decidido de Bello, logró una de las finalidades primordiales de su viaje a Londres, la de decidir a Francisco Miranda—pleno aun de la gloria alcanzada como general de los ejércitos revolucionarios de Francia—a partir a Venezuela. Miranda aceptó, no sin que Bolívar emplease para convencerlo todos los recursos de su notable inteligencia y su don de penetrar a los hombres y de dominarlos, empresa poco fácil cuando era el precursor, grande por sus talentos y por su voluntad heroica, el objeto de ensayo.

Miranda recibió con frecuencia a los miembros de la diputación en su casa de Crafton Square, en donde vivía como un gran señor. En sus recepciones Bello y

Bolívar pudieron conocer a las gentes más famosas de Londres, y en las veladas íntimas debieron discutirse muchos puntos que el Libertador y su maestro de Geografía—digno de ser bautizado con el título de Civilizador—utilizarían más tarde generosamente (4). En esos días, Bolívar, como en los tiempos de caballería el supremo espaldarazo, recibió de Miranda el más alto grado de iniciación en Gran Logia Americana.

El 21 de septiembre, obtenida del general Miranda la promesa de seguirlo pronto, el «primer diputado» se embarcó a bordo del bergantín *Sapphire*, que el Almirantazgo había puesto a sus órdenes. En Londres quedaron López Méndez y Bello encargados de la representación de Venezuela, teniendo así ocasión de prestar no pocos servicios a la causa que habían abrazado.

Corrió el tiempo, el drama de la emancipación desarrollóse lentamente, a lo largo de más de tres lustros de vicisitudes diversas, de triunfos y derrotas. Bolívar iba gestando su propia epopeya en el escenario inmenso de las tierras hispanoamericanas. Su genio lo empujaba a empresas inauditas que en la tarde de Ayacucho encontraron su culminación. Era ya el Libertador y las muchedumbres delirantes, histerizadas, lo aclamaban como a un dios humano.

En el decurso de esos años Bello vivió y trabajó en Londres, como ha de verse pronto, sirviendo no sólo la causa de su tierra—Venezuela era una parte de la gran

Colombia creada por Bolívar—sino también los intereses de Chile, que no había de tardar en incorporarlo a su seno, transformado en taller de hombres que anhelaban formar un gran país.

¿Cuáles fueron por aquellos tiempos las relaciones del discípulo llegado a la cúspide de su gloria y de su poderío con el antiguo maestro que trabajaba en la sombra londinense? Hubo largo interregno. Con todo, los sentimientos de ambos parecían no haber cambiado. Bello escribió a Bolívar no pocas cartas, muchas de las cuales se han extraviado por desgracia. En alguna, solicita el apoyo de su amigo, en aparente omnipotencia, para salir de apuros y cuidados que le traían con no poca inquietud. «Mi destino presente no me proporciona, sino lo muy preciso para mi subsistencia y la de mi familia, que es ya algo crecida. Carezco de los medios necesarios aun para dar una educación decente a mis hijos; mi constitución, por otra parte, se debilita; me lleno de arrugas y canas; y veo delante de mí, no digo la pobreza, que ni a mi, ni a mi familia, nos espantaría, pues ya estamos hecho a tolerarla, sino la mendicidad...» Amarga confesión. ¿Veis a donde han llegado uno y otro? El guerrero ha dado su nombre a un mundo—la «patria de Bolívar» llama Lord Byron a la América del Sur, en carta de 1822—y el otro se encuentra en el límite que separa la pobreza de la miseria: pero no nos equivoquemos: bajo la sombra dolorosa, que es hambre y soledad, el genio trabaja y su fruto sabrá también a gloria a las tierras de su continente. Continúa Bello,

en esa carta (5): «Dígnese Vuestra Excelencia interponer su poderoso influjo a favor de un honrado y fiel servidor de la causa de América, para que se me conceda algo de más importancia en mi carrera actual. Soy el decano de todos los secretarios de legación de Londres, y aunque no el más inútil, el que de todos ellos es tratado con menos consideración por su propio jefe».

Días más tarde, a comienzo de 1827 (6), escribía de nuevo a Bolívar: «Mi amado general. En este momento, anuncian aquí los diarios la llegada de Vuestra Excelencia a Colombia. Me congratulo con mi patria por tan alegre noticia. Reciba Vuestra Excelencia de mí y de mi familia, la más cordial enhorabuena. El estado de mi salud me ha hecho valer de mano ajena para trazar el duplicado que precede; pero no puedo dejar de expresar en estos renglones mis ardientes votos por la gloria, la felicidad, la salud de Vuestra Excelencia, y porque Colombia tenga el gusto de poseer largo tiempo en su seno, al más ilustre de los hijos de América».

El 21 de marzo de aquel mismo año envía larga epístola al Libertador, en la que le da consejos de buen gobierno. Grandes son las dificultades de Colombia; y mucho, por consiguiente, lo que se espera del más ilustre de sus hijos. Entre los beneficios que él solo puede hacer a su patria, el más esencial y urgente es el de un gobierno sólido y fuerte. La experiencia nos ha demostrado que la estabilidad de las instituciones, en circunstancias como las nuestras, no depende tanto de su bon-

dad intrínseca, como de apoyos exteriores, cuales son los que dan las cualidades personales de los individuos que las administran». Agrega en esa misiva: «Permítame, Vuestra Excelencia, añadir de un modo particular la oferta de mis servicios personales. Obtuve un tiempo la confianza de Vuestra Excelencia, y seguramente la conservo, porque no he hecho nada para perderla. Vuestra Excelencia puede contar con mi fidelidad al gobierno de mi país y a su persona. Cooperar en cualquier cosa, por pequeña que fuese, al logro de las sabias y benéficas ideas de Vuestra Excelencia, bastaría a contar mi ambición». Parece difícil encontrar, en hombre de tal calidad, un desinterés más noble, una mayor y más ejemplar modestia.

¿Y Bolívar? Desde el Cuartel General de Caracas, el 30 de abril, responde el secretario don José Rafael Revenga: «El Libertador ha recibido con sumo aprecio la comunicación que usted le dirigió en 21 de marzo último».

Con sumo aprecio. ¿Nada más? El Libertador tiene poco tiempo para ocuparse de quienes están distantes. El adulo le asedia, las dificultades y problemas le absorben. Es difícil acordarse de todo, cuando ya se tiene un pie puesto en el Olimpo. Sin embargo, en carta a don José Fernández Madrid, el 21 de febrero de 1827, habla de su «amigo Bello, a quien saludo con la amistad y el cariño que siempre le he profesado». Algunos días antes, el 22 de enero, había firmado en Caracas un poder especial en favor de Fernández Ma-

drid, representante de Venezuela, en Londres, de Bello y del cónsul general Santos Michilena, a fin de intervenir en el negocio de la venta de unas minas de que era propietario. Y en esa misma fecha dirigía un mensaje en común a Bello y Fernández, en el que comenta la situación política de Colombia. «Yo creí, dice, que el primero y más fuerte interés de la República era evitar una guerra fratricida, cuyos resultados llenarían de oprobio al mismo vencedor; así, pues, no perdóné ninguno ni ahorré ningún sacrificio para lograr el objeto que me proponía en honor de nuestro crédito y en gloria de nuestro nombre. Con cuanto gusto, puedo participar a usted el feliz desenlace de los sucesos de Venezuela, y anunciarle que el reino benéfico del orden y la tranquilidad pública han sido mantenidos en toda la República. Sin embargo, no por esto podemos decir que hemos vuelto a nuestro antiguo esplendor y crédito, porque apenas hemos tenido el tiempo necesario para ahogar el germen del mal. Ahora, todo debemos esperarlo del sosiego y de la calma a que ha sido restituída la República». Anunciaba el propósito de dimitir, tan reiterado a lo largo de su vida: «por mi parte,—decía—yo he logrado un triunfo cual nunca he obtenido; y satisfecho de mi victoria, aniquilando la guerra civil, he dirigido al congreso la renuncia que acompaño. ¡Ojalá que me sea admitida!»

Bello respondió a Bolívar el 18 de abril, haciéndole presente sus deseos de que continuara sacrificándose desde el poder. «Mis votos,—expresa—son que sea lo

que conviene a la felicidad de Colombia y a la gloria de Vuestra Excelencia».

Nombrado Fernández Madrid Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Londres, por decreto de 23 de noviembre de 1826, Bello, que continuaba a cargo de la secretaría de la legación, sintiéndose lesionado en lo referente a sueldo, pues no consideró legal el que se le asignara, tomó la pluma. «Vuestra Excelencia me conoce,—decía en carta de 21 de abril—y sabe que un sórdido interés no ha sido nunca móvil de mis operaciones. Si yo hubiera jamás puesto en balanza mis deberes con esa especie de consideraciones, estuviera hoy nadando en dinero, como lo están muchos de los que han tenido acceso a la legación de Colombia, desde hace más de seis años a esta parte, y no me hallaría reducido a mi sueldo para alimentar a mi familia...» Y en plena juventud, cuando apenas pasaba de los treinta y cinco años, insiste en su amarga confesión anterior, que es prueba del heroísmo cívico de su carácter, de ese cívico heroísmo que le da ubicación entre los más ilustres próceres de la independencia americana: «Estoy ya a las puertas de la vejez, y no veo otra perspectiva, que la de legar a mis hijos por herencia la mendicidad.»

Bolívar, el todopoderoso Bolívar, en carta de Caracas del 16 de junio, le da absurdas excusas, poco honrosas para el Libertador y su gobierno: «Mi querido amigo. He tenido el gusto de recibir la carta de usted del 21 de abril; y a la verdad siento infinito la situación en que usted se halla colocado con respecto a

su destino y la renta. Yo no estoy encargado de las relaciones exteriores, pues que el general Santander (7) es el que ejerce el poder ejecutivo. Desde luego, yo le recomendaría el reclamo de usted; pero mi influjo para con él es muy débil, y nada obtendría. Sin embargo, le he dicho a Revenga que escriba al Secretario del Exterior, interesándose en favor de usted».

Por su parte la cancillería colombiana le había reconocido méritos, al cesar en las funciones de representante en Londres. Restrepo, Ministro de Relaciones Exteriores, le decía en nota encomiosa (8): «El gobierno de la República ha quedado satisfecho del modo con que usted se ha conducido en tan importante encargo, y de sus oportunas observaciones y noticias. Tengo orden expresa del Vicepresidente de hacer a usted esta manifestación, y de asegurarle que el gobierno tendrá presente sus servicios, y el mérito que con ellos ha contraído, para premiarlo debidamente».

Bello no se disgustó con Bolívar, pues su paciencia era grande, y no sólo continuó sirviendo a Colombia con devoción ejemplar, sino al propio Libertador en la gestión de ventas de minas y cobro de pesos de que se hallaba encargado juntamente con Fernández y Michilena. No mucho antes, había escrito el Himno de Colombia, «Canción Militar dedicada a su Excelencia, el Libertador Simón Bolívar» (9).

El pago de este—rara excepción de vida por tantos extremos generosa—fué en muy mala moneda, pues cuando resolvió reorganizar el servicio diplomático,

nombró a Bello cónsul general en París, cargo de categoría inferior al de secretario en Londres. Y para disimular la injusticia cometida le ofreció, a manera de ascenso futuro, la representación de Colombia ante la corte de Portugal cuando esta reconociese a la nueva República, lo que bien equivalía, si no a burlar de poco gusto, al menos a inexcusable ligereza.

¿Qué había ocurrido? ¿Cuál era la razón de actitud tan insólita? Un chisme da la clave de todo (10), un chisme muy latinoamericano. Se dijo al Libertador que Bello había tolerado sin inmutarse el que alguien murmurara de él en su presencia. Y entonces Bolívar juzgó que en realidad su antiguo maestro no le guardaba el debido acatamiento ni acaso le concedía la necesaria suma de lisonja. Entre los que le abrumaban, con incienso de semidiós, ¿no había de palidecer aquel elogio de Bello, a propósito de la victoria de Junin, en que le apellidaba «genio titular de la independencia americana»? (11)

Bello; herido en lo hondo, renunció inmediatamente el cargo en París y la problemática legación en Portugal, y a poco, en acuerdo con el gobierno de Chile, resolvió su viaje a Santiago. Noticiado de este, Bolívar pretendió retenerlo al servicio de Colombia, pero ya era tarde y la carta que con tal objeto dirigiera a Fernández Madrid, desde Quito, (12) llegó a Londres cuando el futuro subsecretario de Relaciones Exteriores de la cancillería chilena había dejado las costas de Europa.

Decía Bolívar en esa carta de resonancia histórica: «Ultimamente se le han mandado tres mil pesos a Bello para que pase a Francia, y yo ruego a usted encarecidamente que no deje perder a ese ilustrado amigo en el país de la anarquía. ⁽¹³⁾ Persuada usted a Bello que lo menos malo que tiene la América es Colombia; y que si quiere ser empleado en este país, que lo diga, y se le dará un buen destino. Su patria debe ser preferida a todo, y él digno de ocupar un puesto muy importante en ella. Yo conozco la superioridad de este caraqueño, contemporáneo mío. Fué mi maestro cuando teníamos la misma edad, y yo le amaba con respeto. Su esquivez nos ha tenido separados en cierto modo, y por lo mismo deseo reconciliarme, es decir, ganarlo para Colombia».

Era tarde. Para Bello comenzaba la etapa más interesante y fecunda de su vida y en la del Libertador era ya el ocaso. Lejanos estaban los días triunfales de Quito y el delirio del Chimborazo. Empezaba el crepúsculo en aquella gigante jornada y no distaba mucho su trágica confesión de haber arado sobre el mar.

Bello tenía alma grande y no guardó resentimiento alguno. Su juicio acerca de Bolívar no debía, pues, alterar la visión de sus versos de juventud, cuando en 1823, en la niebla de Londres, burilaba su *Alocución a la Poesía*.

«Mas no á mi debil voz la larga suma
De sus victorias numerar compete;

A ingenio más feliz, más docta pluma
Su grata patria encargo tal comete.
Pues como aquel samán que siglos cuenta
De las vecinas gentes venerado,
Que vió en torno a su basa corpulenta
El bosque muchas veces renovado,
Y vasto espacio cubre con la hojosa
Copa de mil inviernos victoriosa;
Así tu gloria al cielo se sublima,
Libertador del pueblo colombiano;
Digna de que la lleven dulce rima
Y culta historia al tiempo más lejano».

Y en los años postreros, cuando en torno a su ancianidad gloriosa se agrupaban Vicuña Mackenna, Lastarria, Amunátegui y todos los chilenos eminentes de la época, sus labios repetían en voz queda, en la queda voz del crepúsculo, el elogio del Libertador.

(1) En loor a España y especialmente del rey Carlos IV y de su ministro Godoy, con alabanzas que sólo su extrema juventud hace excusables. Bello había compuesto dos trabajos poéticos a propósito del descubrimiento de la vacuna y de su propagación en Venezuela: *A la Vacuna* («Poema en acción de gracias al rey de las Españas por la propagación de la vacuna en sus dominios, dedicado al Sr. D. Manuel de Guevara Vasconcelos, Presidente, Gobernador y Capitán General de las Provincias de Venezuela») y *Venezuela Consolada*, poema escénico. De los tiempos de su mocedad es, también, un mediano soneto—*Mis deseos*—en que se transparenta su amor a la vida sencilla.

(2) Decreto de la Junta. «Gaceta de Caracas», 4 de Junio de 1810.

Véase: Jules Mancini, Bolívar y la emancipación de las colonias españolas, traducción de Carlos Docteur.

(3) Mancini ha visto muy bien la política de la cancillería inglesa, de esos años, en relación con el conflicto hispanoamericano: «De estas indicaciones—escribe en su citada obra acerca del Libertador—se desprende, pues, la línea de conducta que en lo sucesivo va a seguir el gabinete de Saint-James; por una parte, intimidar al consejo de regencia por el solo hecho de recibir y de escuchar a los embajadores de la colonia rebelde, y determinar así a España a que acate la voluntad inglesa; dar al mismo tiempo a Venezuela la impresión de que sólo el respeto debido a compromisos solemnes prohíbe el ser más complacientes para con ella, y, con esto, reservarse los beneficios eventuales de su gratitud; presentarse como mediadora inevitable entre ambas partes, y bajo las apariencias de trabajar en interés de cada uno, no trabajar, en realidad, más que para ella sola: tal es el plan que se ha impuesto Inglaterra, y que se dispone a observar exactamente su ministro en el momento en que Bolívar y su séquito desembarcaron en Southampton».

(4) Bello tuvo siempre admiración profunda por Miranda, a quien celebró en una de sus más reputadas composiciones poéticas,

(5) Fechada en Londres el 21 de diciembre de 1826.

(6) Londres, enero 5 de 1827.

(7) A la sazón Vicepresidente de Colombia, en ejercicio del poder ejecutivo.

(8) Fechada en Bogotá el 7 de septiembre de 1827.

(9) Aunque publicada por primera vez en 1861, debió casi seguramente conocer Bolívar alguna copia del manuscrito original.

(10) Miguel Luis Amunátegui: Don Andrés Be-

llo (en Subscripción de la Academia de Bellas Letras a la estatua de don Andrés Bello; Santiago, 1874).

(11) Análisis del «Canto a la victoria de Junin» («El Repertorio Americano», Tomo 1.º).

(12) El 27 de abril de 1829.

(13) El país de la anarquía, esto es, Chile. En ello se equivocaba el Libertador, pues precisamente cuando la anarquía se aprestaba a deshacer su magna obra, la Gran Colombia, en Chile se decidía la querrela entre liberales y conservadores con el triunfo militar de estos últimos, no mucho después de la caída del Presidente Vicuña, ocurrida a fines de 1829. Con esa victoria iba a comenzar en la república andina un largo período de autoridad, que más de una vez limitaría con la dictadura «constitucional».